

Biografía y semblanza del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe

G i l b e r t o S á n c h e z
Universidad de Chile

I. EL ESTUDIANTE

El Dr. Rodolfo Oroz Scheibe nació en Santiago el 8 de julio de 1895. Su padre, don Ruperto Oroz, había sido enviado a Alemania por el Presidente Balmaceda, a fin de que estudiase los métodos pedagógicos vigentes en ese país. Allá conoció, en Dresden, a doña Elena Scheibe, con la cual contrajo matrimonio. De esa unión nacieron Heriberto, Rodolfo y Elisabeth. Transcurridos algunos años, la señora Oroz debió regresar a su patria con sus dos hijos, pues Heriberto enfermó gravemente y los médicos chilenos aconsejaron su pronto traslado a Europa, para ser sometido a una delicada operación quirúrgica. Partieron desde Valparaíso en 1901. Establecidos en Leipzig, los hermanos Oroz se adaptaron con facilidad en el medio germano, realizando todos sus estudios hasta graduarse en la universidad. Al cabo de 21 años regresó Rodolfo a Chile. Heriberto, por su parte, siguió la carrera de Medicina y permaneció definitivamente en Alemania. Ejerció su profesión en Profen, cerca de Leipzig, hasta su fallecimiento, en 1977.

Luego de superar las dificultades del idioma alemán, el cual aprendió con su tía abuela y abuelo maternos, y asistiendo a clases, durante un año, en una *Höhere Schule* (escuela superior), ingresó Rodolfo, en 1906, a la *Petrischule, Städtisches Realgymnasium*¹, de Leipzig. En ese establecimiento de enseñanza media recibió la rigurosa educación tradicional de Alemania, la cual comprendía tanto el estudio de las Humanidades Clásicas, sobre

¹ La educación básica –correspondiente a la *Vorschule*– le fue proporcionada por su tía abuela Ana, que era profesora (y, además, pianista). Para ingresar a la *Petrischule* tuvo que rendir un examen. El *Realgymnasium* era un tipo de escuela con énfasis en la enseñanza de las ciencias naturales, las lenguas clásicas y modernas.

todo el latín (7 años, con 10 horas semanales, y 2 años, con 8) y del griego (6 años, con 6 horas semanales), como de las Ciencias Naturales y Matemáticas (éstas incluían el cálculo infinitesimal e integral). Junto con los conocimientos le fueron inculcados el orden, la disciplina, la perseverancia, el respeto y la tolerancia, valores que ha mantenido en toda su larga existencia.

En la *Petrischule* tuvo verdaderos maestros que nunca ha olvidado. Entre ellos figuran su rector, el Dr. Eduard Johannes Petscher, profesor de matemáticas, quien lo distinguía de manera especial (creía que se dedicaría a esa disciplina) y el Dr. Georg Ficker, profesor de inglés y de francés. También éste le tenía una particular estimación y solía invitarlo a dar paseos, los domingos por la mañana, en los bosques cercanos a Leipzig. Mientras caminaban le enseñó muchas cosas. Una vez le encomendó que pronunciara un discurso en inglés, en el *aula magna* de la escuela, lo cual constituyó un gran honor. El influyó, sin duda, para que su joven alumno optara definitivamente por las lenguas.

Dado su excelente rendimiento en los estudios recibió, al final de cada año, un elogio público y, en 1912, obtuvo el Premio de Honor que la Municipalidad de Leipzig confería al mejor alumno de la escuela.

Sin embargo, no todo era estudio; fue también un buen gimnasta y deportista. Practicó asiduamente fútbol, llegando a ser capitán del equipo de la *Petrischule*. Su puesto era de delantero izquierdo. Posteriormente se limitó a ser espectador de ese deporte y, todavía en el presente, sigue con gran interés los partidos transmitidos por televisión.

Una vez superado el difícil bachillerato (*Abitur*), cuyos siete exámenes escritos duraban una semana, se matriculó, en marzo de 1915, en la célebre y varias veces centenaria Universidad de Leipzig. Durante cinco años recibió, en el *alma mater* de Sajonia, una sólida formación general y especial en cuatro carreras (según nuestra nomenclatura universitaria), a saber: inglés, alemán, francés y geografía. Cabe hacer notar que los estudiantes alemanes seguían, normalmente, sólo dos.

También de sus años de universitario conserva don Rodolfo nítidos muchos recuerdos –incluidas anécdotas–, desde luego de sus profesores más eminentes. Como la mayoría de sus condiseípulos, fue impresionado por las figuras y enseñanzas de Wilhelm Wundt y Eduard Spranger. Con el primero, a la sazón ya muy anciano y casi ciego, estudió filosofía y psicología experimental. En sus clases –nos cuenta– hacía gala de profundos conocimientos sobre antiguos y modernos sistemas filosóficos, demostrando poseer, además, una memoria prodigiosa. Su voz, débil al comienzo, cobraba, luego, fuerza, hasta dominar a todo el auditorio. Spranger, a su vez, le aclaró el complejo y profundo pensamiento de Kant. Poseía ese profesor –sigue rememorando– un gran poder de síntesis, expresado a través de

un lenguaje brillante y, cuando exponía su lección –siempre entre las 8 y las 10 de la tarde–, el silencio guardado era tal que sólo se percibía el rasgueo de las plumas sobre los cuadernos de apuntes. En forma especial estudió también el pensamiento de Schopenhauer y de Nietzsche. Los cursos de lógica y de ética completaron su formación filosófica.

En lingüística y filosofía inglesas –su primera especialidad– fueron sus principales maestros M. Förster y A. Peters, de los cuales llegó a ser ayudante. Con el primero cursó varias asignaturas y seminarios, tanto de carácter lingüístico como literario (anglosajón, gramática histórica inglesa, vida y obra de Chaucer, vida y obra de Shakespeare, etc.). Los profundos conocimientos de anglosajón adquiridos le permitieron elaborar, con su patrocinio, una tesis sobre el poema *Beowulf*, con la cual le fue otorgado, más tarde, el grado de Doctor en Filosofía. Con el segundo profesor, discípulo de Jones, estudió el inglés moderno.

En la especialidad de alemán fue dirigido por los profesores Sievers, Bahder, Köster y Wilkowski. Con Eduard Sievers, eximio fonetista que maravillaba a sus alumnos reproduciendo y analizando los sonidos más complejos, conoció en profundidad el antiguo y el medio alto alemán. Para completar su formación en lingüística germánica estudió, por su cuenta, el gótico, lengua que lo atraía particularmente.

Weigand, Settegast y Wengler lo formaron en lingüística y filología románicas, especialmente en relación con el francés y el castellano. Gustav Weigand, autor del primer *Atlas lingüístico del territorio dacorumano*, gozaba de gran prestigio dentro y fuera de Alemania. Don Rodolfo recuerda su extraordinaria erudición y bonhomía.

Con mucho interés asistió también a las clases de lingüística indoeuropea del profesor Karl Brugmann, famoso autor del *Compendio de gramática comparada de las lenguas indogermánicas*, en las cuales eran explicados, entre otros, los problemas relativos al desarrollo histórico del latín, lengua que conocía cabalmente desde sus años en la *Petrischule*. También frecuentó algunas clases del eslavista August Leskien. Esos grandes lingüistas, que prestigiaban a la Universidad de Leipzig, pertenecían a la escuela de los “neogramáticos”. Al respecto, algo curioso: el pensamiento de Ferdinand de Saussure era, en ese medio, completamente ignorado; don Rodolfo lo conoció cuando ya se encontraba en Chile.

Fuera de las lenguas germánicas y romances ya mencionadas, estudió, en forma autodidáctica, el italiano y el portugués y, siguiendo un curso, el árabe. Sus conocimientos de esta lengua le permitieron leer con facilidad un documento histórico de Ibn Idhārī. También aprendió algo de sánscrito, con un profesor indio que estaba de visita en la universidad.

Con los profesores Partsch y Friedrich estudió las materias de su cuarta especialidad, la geografía.

Después de egresar, en el semestre de verano de 1919, obtuvo en 1920 el título de profesor de enseñanza media en las especialidades ya citadas. Luego, y tras haber obtenido también el título de *Studienassessor*, el cual lo habilitaba para servir cátedras en el estado de Sajonia, ejerció, durante dos años, el magisterio. Se desempeñó como profesor de inglés, francés y geografía en su querida *Petrischule*. En ella explicó, con métodos modernos, los problemas gramaticales, como también las características orográficas, climáticas, etc., de Ucrania, Crimea, Arabia y otros lugares lejanos.

Entretanto, preparaba su tesis para alcanzar el grado de Doctor en Filosofía, la cual defendió en mayo de 1922. Su título era: *Lautliche Unterschiede im Vokalismus der Starktonsilben bei den beiden Schreibern der Beowulf-Handschrift* (Diferencias fonéticas en el vocalismo de las sílabas tónicas en ambos copistas del manuscrito del Beowulf). Su *Doktorvater* (profesor patrocinante) fue Max Förster. El examen fue, eso sí, algo accidentado. Comprendía el anglosajón, el antiguo alto alemán y el castellano. La parte relativa a este idioma versó sobre el *Cantar de Mío Cid* y el profesor examinador, Felipe A. Becker, insistió más de lo esperado en la parte del manuscrito que se perdió. ¡El doctorando sostuvo, con pleno convencimiento, que ella nunca existió! La tesis mereció elogios del exigente profesor patrocinante y también de Sievers, apareciendo luego un resumen de la misma en el anuario de la Facultad de Filosofía. El volumen, de unas 300 páginas, quedó destruido a raíz del incendio que afectó a la biblioteca de la Universidad de Leipzig durante la segunda guerra mundial.

Aunque las exigencias académicas implicaban mucha disciplina y dedicación, el joven Rodolfo participó plenamente, durante todos esos años, en la alegre e, incluso, bulliciosa vida estudiantil. Según recuerda, las libaciones de cerveza eran de rigor, y tenían lugar habitualmente en los cafés *Mutter Krüger, Bauer y Richter*. El primero estaba reservado para los estudiantes, disfrutando de todas las garantías, hasta de crédito. Quien presidía las sesiones de libación acostumbraba decir, en latín, de acuerdo con la tradición: *Commilitones, ad bibendum salamandrum² praeparati estisne? Bibite!* (Compañeros, ¿estáis preparados para beber? ¡Bebed!). A lo cual respondían con entusiasmo: *Sumus (praeparati!)* (¡Estamos [preparados]!). Si cometían, en esas ocasiones, algún desagraviado, no eran entregados a la justicia ordinaria, sino a un juez de la universidad, por ser ciudadanos de ella. El juez del caso los condenaba a permanecer algunos días reclusos, lo cual se consideraba un verdadero honor y motivo de fiesta. Los compañeros visitaban al detenido, ¡que debía agasajarlos con un barril de cer-

² En alemán: *den Salamander reiben*. Expresión de la jerga estudiantil que significa 'brindar' (en honor de alguien). Consiste en restregar 3 veces el vaso sobre la mesa, beber su contenido, tamborear brevemente con él y, finalmente, depositarlo con un golpe.

veza! Los presos escribían sus nombres en las paredes del recinto, junto a los de personajes ilustres que los habían antecedido allí. Don Rodolfo deja en claro que sólo estuvo de visita, más de una vez, en la prisión universitaria.

También conserva el recuerdo de la rivalidad existente entre los estudiantes sajones y los berlineses. Estos eran bastante arrogantes –por ser prusianos– y se creían superiores y sabelotodo. A ellos les decían: *Mentecatus es. Berolinam ii, ubi mentecati sunt. Locus est tibi!* (Eres mentecato. Ve a Berlín, donde están los mentecatos. ¡Es tu lugar!). Los sajones –y entre ellos don Rodolfo que hablaba el dialecto sajón como un nativo– se vanagloriaban, por su parte, de la belleza de sus niñas, entonando *In Sachsen, wo die hübschen Mädchen auf den Bäumen wachsen* (en Sajonia, donde las niñas lindas crecen en los árboles).

No le cupo la gloria de batirse a duelo, pues estaba reservada a los alemanes. Su compañero de estudios y mejor amigo, el Dr. Paul Wernstedt, lucía varias cicatrices (*Mensuren*) en su rostro. Tales marcas, largas y profundas, constituían un motivo de orgullo para los estudiantes universitarios.

Desde niño sintió afición por el dibujo y la pintura. Muchas de las horas pasadas en los cafés las dedicó a reproducir, con notable maestría, las figuras de sus compañeros y de algún parroquiano. También los largos paseos que hacía con su abuelo Gustav, por los campos y pueblos aledaños, le proporcionaban temas. Todavía conserva bellas acuarelas de paisajes, de esa época. Motivo permanente era, igualmente, el panorama que se extendía más allá de la ventana de su cuarto, en la vieja casa de la calle Schenkendorf N° 56, donde residía. Estaba en un barrio algo sombrío, en el cual había fábricas con altas chimeneas. De regreso en Chile siguió cultivando su afición, reproduciendo muchos lugares que ha podido visitar (Viña del Mar, Concepción, etc.).

También se hizo presente el amor y, en Leipzig, conoció a la que sería su primera esposa, doña Catalina Kamp, crítica teatral del *Leipziger Tageblatt*. Oriunda de Düsseldorf, hablaba un alto alemán impecable, como pocos de sus compatriotas. Adoptó la nacionalidad chilena y falleció en esta tierra. No tuvieron hijos. Este anhelo lo vio realizado con su segunda esposa, la señora Pilar Valdivia. Con ella y Gonzalo Oroz constituyen –como en su primer matrimonio– un hogar feliz.

Los años de estudio en Leipzig coincidieron con la primera guerra mundial. Las privaciones que afectaban al pueblo alemán las experimentó en carne propia: ya que no había pan de harina fue necesario comer, en más de una ocasión, pan de zanahoria. ¡Una vez hasta se intoxicó con carne! Sin embargo, el conflicto no entorpeció el quehacer de la universidad y, en ella, el ambiente de estudio en el Seminario Románico.

El Dr. Rodolfo Oroz habría podido realizar también en Alemania una brillante carrera universitaria y llegar a ser profesor titular, pues poseía para



Don Rodolfo Oroz Scheibe acompañado de su señora, doña Pilar Valdivia, y de su hijo, don Gonzalo Oroz Valdivia (enero de 1996).

